

Zaida Ríos

LA
OTRA
VOZ



OTROS MUNDOS

Libro Primero
EL EXILIO

Prefacio

Sé que mis acciones podrían considerarse terribles, incluso abominables, pero juro que hay nobleza en lo que hago. La verdad es que no encuentro ningún placer en el acto de matar, pero tengo que cumplir con mi deber.

Existen monstruos de verdad en el mundo, que caminan entre nosotros y se hacen pasar por personas ordinarias, pero no lo son. Buscarlos y eliminarlos es mi misión, por eso cuando encontré a la anciana en el poblado de Villas del Carbón, en el Estado de México, destiné tiempo y recursos para confirmar que se trataba de una auténtica descendiente de los antiguos vigilantes. Muchos testigos aseguraron que la anciana era una bruja, que tenía poderes de oráculo, y aunque esa clase de afirmaciones usualmente son el mejor rastro para dar con *ellos*, no era suficiente.

Tenía que verla en persona, así que viajé para concertar una cita y esperé a que me atendiera. Antes de actuar, siempre debo comprobar que se trata de uno de ellos; un detrito.

Mi compromiso es con Dios, y ese jefe no acepta errores.

No es una víctima, repetía en mi mente, mientras la observaba consultar su baraja. Cerré los ojos y me concentré en la plegaria que siempre uso para calmar mi conciencia: *Someto mi voluntad a la tuya, Señor, y ruego para que tu voluntad perfecta se haga en mí.*

Mientras la anciana estudiaba sus cartas, permití que una fantasía me distrajera para aliviar mi angustia. Imaginé que era inocente y que yo le permitía conservar su vida. Pero entonces sucedió el verdadero milagro.

La anciana habló y con cada palabra se despejaron mis dudas.

Una tras otra, las cartas de tarot revelaron mi historia y mis secretos con una precisión imposible. Escuché y aguanté toda su arrogancia, mientras hacía gala de sus monstruosas habilidades de oráculo, hasta el electrizante momento en que reconoció en mí a su verdugo.

Entonces, mi nerviosismo dio paso a otro sentimiento: el aplomo que me otorga tener la razón y una causa justa.

Nos encontrábamos frente a frente. La anciana tenía el rostro enjuto y la respiración contenida, sus ojos se elevaron hasta encontrarse con los míos. Parecía confundida, luego asustada. Su mano temblorosa dejó sobre la mesa la última carta de tarot y, tras aclararse la garganta, pidió que me marchara.

Fue maravilloso atestiguar el instante exacto en que intuyó su sentencia de muerte. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se cubrió la boca para sofocar un alarido de angustia.

Le di las gracias, me levanté de la silla lentamente y, según lo acordado, dejé un billete sobre la mesa.

—Lléveselo, no quiero su dinero —lloriqueó la anciana.

Yo la ignoré y salí del cuartucho.

Hace casi siete años que no veo a mi maestro, ni me comunico con él, pero saber la verdad sobre lo frágiles que somos los seres humanos y lo próximos que estamos a enfrentar nuestra extinción es una de las razones que me hacen cumplir con mi juramento.

—*Y serán los vástagos con mirada de dragón, los que se alzarán contra el templo de piedra para revelar todos sus misterios, y ese día se desatará la ira de Dios. Llegará con la misma furia de una estrella que cae del cielo, para convertir la tierra en sal, y raer de ella a sus pecadores...* —Con el recuerdo de la profecía acariciando mis labios, me oculté por horas hasta que anocheció, a una distancia que me permitía vigilar la vivienda de la anciana y reafirmar mi propósito con una convicción abrumadora.

Cuando el sol se ocultó, repasé de forma metódica el contenido de mi mochila, donde siempre llevo todo lo necesario para las ejecuciones. He hecho lo mismo tantas veces en los últimos diez años que a estas alturas soy capaz de apagar mis emociones y anticipar la carcería.

Cerca de la medianoche, observé con el visor nocturno que dos mujeres se despidieron en la puerta de la anciana. Ella esperó en el umbral hasta que las figuras se perdieron en el sendero cercano a la carretera, después inspeccionó los alrededores y en una carrera alcanzó el portón, colocó un inútil candado en la cerradura y regresó para encerrarse en la casucha. Por fin estaba sola.

Su ingenuidad me hizo sonreír.

A las dos de la madrugada salí de mi escondite. Me acerqué con sigilo, pero los perros ladraron fieros al detectar mi olor. De la mochila extraje un puñado de bocadillos envenenados y los aventé hacia los animales.

Treinta minutos después, constaté con el silencio que todos habían recibido una buena dosis. Conté a los ocho animales tendidos en el patio, luego brinqué la malla de metal que hacía las veces de cerco y me colé a la vivienda por la puerta de la cocina.

En la mano sostenía una jeringa lista con la dosis de bromuro de vecuronio: la poderosa droga que bloquea el proceso de transmisión entre las terminaciones nerviosas motoras y los músculos, provocando una parálisis total. Lo que realmente me gusta de esa sustancia es que la inmovilidad, tan necesaria en el quirófano, no compromete el estado de consciencia. Como es lógico, durante las cirugías debe de combinarse con otras drogas, pero por sí solo, el bromuro de vecuronio ha permitido que cada uno de los monstruos que ejecuté en el pasado lo sintiera todo, sin poder moverse, ni gritar, ni escapar.

Encontré a la anciana en su cama. La sometí con facilidad, su resistencia fue mínima. Cuando abrió los ojos lagañosos en la oscuridad y se encontró con los míos, se limitó a rezar, dócil, como un conejo. Al sentir el pinchazo de la jeringa, ella contuvo la respiración. La droga tardó unos minutos en hacer efecto.

Me quedé de pie a su lado y registré su angustia en mi memoria.

—*Deum Patrem omnipotentem, defende nos in proelio; contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Amen*¹ —murmuré con fervor las palabras que el maestro me enseñó tantos años atrás y que siempre son el preludio de la justicia que imparto. Soy el instrumento de Dios.

De la mochila, extraje un estuche de piel donde guardo el juego de cuchillas quirúrgicas, las pinzas y mi confiable oftalmoscopio, con el que siempre hago la última comprobación.

Abrí los ojos de la mujer, encendí la herramienta y el intenso haz de luz se proyectó sobre sus pupilas. Los iris de la anciana eran de un color parecido al caramelo, con algunos destellos claros, similares al ámbar, pero en la parte más cercana a su pupila izquierda, encontré la innegable marca de los vigilantes: un pequeño lunar violeta que se fundía con el marrón cálido.

La mancha era casi imposible de apreciar a simple vista, pero ahí estaba: la prueba definitiva de su ascendencia diabólica hasta los Grigori. Ese punto de color antinatural me libra de la culpa de uno de los más graves de los mandamientos: no matarás.

Ella no era humana y por eso merecía el castigo.

—*Cruz Sancta sit mihi lux, non Draco sit mihi dux. Vade retro, Satana!*² —Con mano firme introduje el escalpelo en las cuencas de la anciana—. Por la cruz y la espada, yo te purifico.

¹ Dios, Padre Omnipotente, defiéndenos en la lucha; sé nuestra ayuda contra la malicia y las tretas del demonio. Amén.

² La Santa Cruz sea mi luz, no sea el Demonio mi guía. ¡Aléjate, Satanás!

Con manos firmes, extraje sus globos oculares y los guardé en un recipiente lleno de alcohol.

Nunca me ha gustado el aroma de la sangre fresca, su textura pegajosa ni su sabor metálico. No encuentro placer en los actos violentos ni en el sufrimiento que inflijo, pero entiendo que todo eso es necesario, pues el dolor es la única forma de purificar la carne.

Encontré el mazo de cartas en la mesita de noche y tomé una, la piel en el cuello se me erizó al contemplar el dibujo blasfemo que saludaba desde el cartón, como un símbolo de todo el mal que esas criaturas han diseminado en el mundo.

Fui a la cocina para abrir las llaves de gas y cerré todas las ventanas. Extraje con cuidado el explosivo de mi mochila y abandoné la casa con mis trofeos, de vuelta al escondite, a una distancia segura.

La explosión iluminó el cielo nocturno. Todo en esa casa ardió y se purificó. La silueta de la cabaña se vistió de amarillo brillante. Las llamas, ávidas de oxígeno, subieron al cielo, mientras sus inmisericordes dientes lo consumían todo.

Un escalofrío bajó por mi espalda y todo mi cuerpo se estremeció. Percibí el sutil aroma a rosas que usualmente me embriaga antes de experimentar el éxtasis de la conexión con mi Señor Todopoderoso.

—Tomo la armadura de Dios, para poder resistir el día malo, y habiendo acabado con la labor, seguir firme en tu lucha, Señor... —murmuré mientras el sudor me humedecía la ropa y temblaba con intensas pulsaciones cálidas bajo la piel.

Un segundo fogonazo provocó el colapso de los muros de la vivienda y las ráfagas de aire avivaron el fuego, mientras mi cuerpo se volvía ligero, casi ingrátido, y, por un segundo, la luz divina de mi Creador me envolvió.

De mi mano cayó la carta del tarot con la leyenda EL DIABLO, escrita en letras cursivas.

Desde el cartón, el demonio rojo con cuernos y patas de animal sonreía pletórico, sentado sobre un pentagrama. Mientras, a lo lejos, la más perfecta pira funeraria competía con la tenue luz de las estrellas.

Todos Santos, 2016

El desvencijado ventilador de techo se columpiaba amenazante sobre la cama. Las tres aspas de metal apenas creaban una corriente de aire cálido dentro del diminuto cuarto.

Azul despertó con un sobresalto, la camisa se le pegaba al pecho y la cama era un amasijo de sábanas húmedas de sudor. Las pesadillas cada vez eran más vívidas y frecuentes. En el sueño se encontraba atrapado en un incendio y estaba seguro de que aún podía sentir la garganta en carne viva, el ardor en los ojos, el fuego quemando su piel y la fuerte punzada en el pecho por la falta de aire.

Buscó su teléfono debajo de la almohada. Eran las tres cuarenta de la madrugada y hacía casi tanto calor como la tarde del día anterior.

Tres horas de sueño son mejor que nada, pensó resignado.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. Necesitaba refrescarse con urgencia y eliminar la sensación de ca-

bello achicharrado y de humo que le cerraba la garganta, además de la angustiosa idea de que aquello no había sido una simple pesadilla.

Al encender la luz, observó su reflejo en el espejo sobre el lavabo; arrugó la frente y el hombre rubio y delgado, de ojos color malva, le regresó el gesto. Se desnudó rápido, entró en la ducha y abrió el grifo, pero sólo brotó un listón delgado de agua tibia.

Hoy no soltaron el agua, dedujo con creciente frustración.

Recolectó unas gotas entre sus manos y se mojó el rostro.

Salió de la ducha, con la sensación de que las plantas de sus pies hormigueaban y no podía mantener las manos quietas. Estuvo tentado a buscar las pastillas y la botella de mezcal, pero se contuvo.

—Contrólate, contrólate, ¡carajo! Aún no las necesitas —se ordenó en un murmullo mientras recordaba lo mucho que había aumentado su resistencia a la droga. Sabía que el abuso de las benzodiacepinas era peligroso, pero más peligroso era que dejaran de hacerle efecto.

Las últimas semanas, Azul se ponía nervioso al anochecer; buscaba cualquier pretexto para mantenerse despierto, como si las horas de oscuridad le provocaran una fobia. La combinación de estrés y poco descanso lo orillaban a un constante estado de alerta que no ayudaba en lo absoluto. Tomaba el doble de alcohol y había roto su estricta regla de no modificar la dosis de calmantes.

Observó que las palmas de sus manos temblaban y apretó los puños.

No es posible que necesite una dosis tan pronto, se reprochó en silencio.

Años atrás, Azul descubrió que algunas drogas tenían el efecto secundario de suprimir su capacidad para percibir el mundo sobrenatural. Por primera vez en su vida fue capaz de tocar a otro ser humano sin escuchar sus pensamientos y, por un tiempo, se olvidó de los fantasmas y espectros que lo acosaban desde su infancia.

Ahora tenía suerte si lograban ayudarlo a conciliar el sueño, pero no podía suspender su uso.

Una ligera brisa se coló por la puerta de la cabaña. Hacía semanas que la dejaba abierta durante la noche, pues ésa era la única forma de soportar el sofocante calor peninsular. Desechó los pensamientos autocompasivos y, a pesar de la hora, decidió salir al desierto con dirección a la playa. Caminó por el sendero de tierra hasta ascender por una pendiente pronunciada. A cada paso, sus pies se hundían en la arena fina y blanca. La luna llena iluminaba hasta los más insignificantes detalles de paisaje. El viento soplaba fresco desde la playa, pero se podía adivinar el calor abrasador que más tarde lo hostigaría.

Rebasó la cima de una enorme duna para encontrar su lugar favorito, donde lo esperaba un desvencijado camastro de madera, que él mismo armó con tarimas y cargó hasta la cumbre de la montaña polvorienta. Tomó asiento y contempló la playa. Kilómetros de arena y estrellas infinitas. Aguzó los ojos y, luego de unos segundos, encontró al viejo pescador. A pesar de tratarse de un espectro, no le molestaba su presencia. Como todas las manifestaciones de ese tipo, esa aparición era menos que un eco o un recuerdo que nunca le prestaba atención. Sólo se mantenía erguido e inmóvil cerca de la

orilla cada noche, esperando hasta el amanecer para entrar en el agua y desaparecer.

Azul llevaba años atestiguando el extraño ritual. Cada vez que despertaba con el alba y aprovechaba para ir a nadar o surfear, encontraba al viejo mirando la vastedad del océano hasta que los primeros rayos del sol asomaban; luego desaparecía.

De entre todos los seres y manifestaciones con los que podía entrar en contacto, los espectros eran sus favoritos pues, por lo general, eran inofensivos y apenas lo notaban. De quienes debía cuidarse era de los fantasmas, ya que tenían conciencia y una vez que detectaban su presencia se volvían hostigadores incansables.

Con el tiempo entendió que esas entidades existían en un plano distinto, superpuesto a la realidad, una especie de membrana que rodeaba el mundo y que sólo él podía percibir. A ese mundo, Azul le llamaba *éter*.

Las drogas le permitieron ignorar el éter y a todas sus criaturas por un tiempo. Pero habían vuelto; poco a poco se colaban en su realidad, a pesar de los narcóticos y casi sin darse cuenta, de nuevo se volvían algo habitual.

Las olas chocaban atronadoras en la playa y la inundaban con una bruma de tonalidades opalinas, en la que se perdía el espectro por momentos.

Azul se recostó sobre la superficie áspera y reseca de madera e intentó despejar su mente. Luego de las pesadillas lo invadía una desagradable sensación de conflicto y urgencia, que invariablemente terminaba por convertirse en crisis de ansiedad. Cerró los ojos y se concentró en su respiración. Hizo un esfuerzo por olvidar los de-

talles de sus sueños, pero las imágenes se mezclaron en un torrente caleidoscópico. Los rostros de hombres y mujeres bailaron detrás de sus párpados cerrados. Figuras convulsas en medio de las llamas, con expresiones agónicas y gritos asfixiados, atrapados para siempre en el humo.

La sensación de que un vacío insalvable se abría en medio de su abdomen anunció el próximo ataque. La ansiedad se manifestó con descargas eléctricas y por unos segundos fue como si colgara de la orilla de un precipicio, a punto de desplomarse en el abismo. Con cada inspiración que forzaba en sus pulmones, la idea cobraba forma hasta convertirse en una certeza desgarradora que lo engullía.

Es mi culpa, pensó presa de la desesperación.

Los últimos años cayeron como avalancha en su vientre, hasta arrancarle un sollozo.

Es inútil, todo es inútil, no importa lo que haga...

Rememoró los últimos años, todos sus esfuerzos por sobrevivir: viajar como vagabundo, los trabajos insulsos, la soledad, los excesos, las mentiras...; atrapado en el infructuoso ejercicio de evadirlo todo.

Como una pústula que exigía ser exprimida, un alarido brotó desde el fondo de su garganta. La culpa y la conciencia de su cobardía lo hostigaron, mientras se repetía que todo era inútil. Huir y esconderse era inútil, luchar contra su don era inútil, fingir ser alguien más era inútil, y tratar de olvidar rayaba en la estupidez.

Buscó en sus bolsillos y encontró la vieja navaja suiza a la que siempre recurría en momentos como ese. Con la misma devoción que un adicto le imprime a la si-

guiente dosis de veneno, enterró la hoja en la carne de su antebrazo izquierdo. El dolor era brillante y profundo, lo abrazó igual que una frazada color carmesí y lo aisló del resto del mundo. Por unos segundos, todo fue luminosidad abrasadora. Se esforzó por concentrarse en el dolor físico y limpiar su mente. Respiró profundo al ritmo de las olas y con cada inspiración puso todo su empeño en convertirse en un cascarón vacío. Poco a poco, la herida del brazo dejó de escocer y llegó el silencio.

Lo embargó la oscuridad de la inconsciencia. Se convirtió en un ser ingrátido y fútil, sin pasado, sin dolor y sin miedo. Fue como flotar en el océano y no ser nada más que agua salada.

Pero de entre la calma y el silencio, llegó la claridad de una voz familiar:

¡Corre, Azul!, no te detengas, corre y no dejes de correr, hijo, no vuelvas, no busques nunca a tu hermano, ¡no le digas nada!, ¡prométemelo!, ¡prométemelo!...

Los desgarradores gritos lo obligaron a incorporarse. Por un momento, la luz lo cegó. El sol estaba en lo alto del cielo y calentaba furioso. Todo su cuerpo estaba cubierto de una ligera capa de arena. Por la posición del sol, supo que habían pasado por lo menos tres horas. Se había quedado dormido.

El sueño y el descanso volvían a cobrarle factura.

Un instante después de abrir los ojos, reconoció los lamentos agónicos de su madre; aquellos que le dirigió, años atrás, antes de morir. Antes de que se la tragara el fuego y sus ojos se fundieran entre las llamas.

El pecho revuelto de Azul estaba a punto de desbordarse. Las lágrimas brotaron impulsadas por el huracán

que le revolvía las entrañas. Las últimas palabras de su madre rebotaban con un eco profundo y doloroso dentro de su memoria: *¡Corre, Azul!, ¡no lo busques nunca!...*

En su antebrazo, la sangre había formado una costra que se adhería a la tela de su camiseta, pero la herida había sanado. Como única señal de su manía por la automutilación, sólo quedaba un delgado borde blanquecino de carne, que se fundía junto a la intrincada telaraña de cicatrices que adornaba su piel.

Azul regresó enfurecido a la cabaña. Desertó del régimen de racionamiento y tomó la primera dosis doble de diazepam con un largo trago de mezcal.

Horas después, se dirigía a su trabajo con el estómago revuelto y una sonrisa idiota dibujada en el rostro.

Los ojos, de un extraño color violeta con destellos azules, estaban apagados. Eran los ojos de un hombre que prefería renunciar a sí mismo con tal de tener un poco de paz. Las memorias ya no rebotaban dentro de su cabeza formando ecos insoportables, habían quedado atrapadas en las nubes algodonosas del narcótico, al igual que la esperanza de volver a tener cerca a la única familia que le quedaba en el mundo, su hermano y único amigo: Nicolás.

II

Ciudad de México, 2016

Nicolás recordó que a su mejor amigo le gustaba el drama. Sabía que no valía la pena tomarse a pecho las palabras mordaces de Raymundo, pues sólo expresaban su preocupación y su poca paciencia.

—Por favor, Nicolás, dime que por fin recapitaste y la vas a mandar al carajo —dijo Raymundo luego de apurar un largo trago de cerveza.

—Estamos hablando de Victoria, Ray, tu prima, ¿cómo puedes decir eso?

—¡Lo digo porque es cierto! Será muy mi prima, pero ¡está loca! ¿Hasta cuándo te vas a convencer de que esa mujer no es para ti, Nicolás?

Nicolás sonrió a modo de respuesta y negó con la cabeza. Sin más preámbulos, buscó en el bolsillo de su chaqueta y colocó sobre la mesa una pequeña caja color turquesa con letras oscuras que anunciaban: TIFFANY & CO.

Raymundo lo miró boquiabierto, trató de articular palabra, pero le fue imposible.

En el rostro de Nicolás se dibujó una sonrisa triunfal. Había logrado dejar sin habla al que consideraba el hombre más franco y bullicioso de todo el país. No podía estar más complacido.

Nicolás le había dado cita a su amigo, bajo el argumento de compartirle una importante noticia, pero el perspicaz Raymundo había fallado en anticipar la sorpresa.

Raymundo tomó la caja y la abrió. Con manos temblorosas extrajo un estuche de terciopelo negro. Dentro reveló el anillo de compromiso. Se trataba de un Tiffany Soleste de corte diamante, de 2.5 quilates, montado en platino.

Con la mirada nublada, Raymundo depositó el lujoso envoltorio sobre la mesa y, al percatarse de que Nicolás estudiaba su reacción con una mueca divertida en el rostro, irguió la espalda y arrojó su servilleta con la intención de hacer diana en el rostro de su mejor amigo.

—¿Estás loco?

Nicolás pescó el inofensivo proyectil en el aire y lo regresó divertido.

—Tal vez sí, no sé.

—¡Nico! —Tragó saliva—. ¿Es en serio? ¿Le vas a pedir matrimonio?

La voz de Raymundo subió de volumen y su expresión se transformó. Miraba horrorizado el anillo sobre la mesa, como si se tratara de un insecto ponzoñoso.

—Sí, eso es lo que pretendo, pedirle matrimonio a Victoria. ¿Qué te pasa?

—Nada, es que... me sorprendiste. —El joven alisó arrugas imaginarias en su camisa, aclaró su garganta y

trató de eliminar la expresión de estupor lo mejor que pudo.

—¿Te gusta? —Nicolás señaló la joya.

Raymundo contempló el anillo con reverencia. Lo giró despacio contra la luz y se maravilló con el intenso brillo que despedía la piedra.

Por un momento, a Nicolás le pareció que los ojos de Raymundo adquirirían un brillo inusual, como si se humedecieran de forma involuntaria.

—Claro que me gusta, ¡es una joya impresionante! Nunca había visto un Tiffany original, ¡debió de costarte una fortuna! —agregó Raymundo haciendo un esfuerzo por mostrar entusiasmo.

Nicolás respondió con otra sonrisa y se limitó a darle un trago a su cerveza. Con los años, el joven médico logró perfeccionar el arte de ser meticulosamente amable y tener una sonrisa para cada ocasión, incluso cuando algo le preocupaba u ofendía.

De su madre, Nicolás había aprendido pocas cosas, pero entre las más destacables se encontraban: el poder que otorga el dinero y el potencial de ser físicamente atractivo. Él poseía ambos, y esa seguridad lo embestía de un aire de dominio que resultaba embriagador para muchas personas y para otras, chocante.

Raymundo devolvió el anillo a su estuche. Vacío de golpe el contenido de su tarro y de inmediato buscó que uno de los meseros volviera a llenarlo. Deslizaba una y otra vez los dedos entre los mechones de su tupida cabellera oscura y parecía muy incómodo, como si, por acto de magia, el relleno de su silla se hubiera transformado en piedras y le fuera imposible permanecer sentado.

Nicolás conocía bien esos gestos, los había visto un millón de veces en la Facultad de Medicina. Cada vez que un maestro le preguntaba a Raymundo algo que desconocía, o en el hospital, cuando tenía que hablar con los familiares de algún paciente en estado crítico y no sabía cómo dar las malas noticias. Raymundo jugaba compulsivamente con los mechones de su cabello rebelde hasta que su peinado se convertía en un desastre.

Era obvio que su colega estaba preocupado y que en ese momento pensaba, con mucho esfuerzo, sus siguientes palabras. Había tensión en su rostro angosto y moreno.

—¿Estás seguro de esto, Nico? Dios sabe que quiero a Victoria. Siempre ha sido como una hermana para mí, la conozco mejor que nadie, pero... —El joven alargó una mano sobre la mesa, como si, con ello, pretendiera acortar el espacio que lo separaba de Nicolás.

—Sí, lo sé. Por eso quería que fueras tú el primero en saber. La verdad es que Victoria no tiene muchos amigos y sé lo mucho que la quieres, Ray. Aunque a veces no lo parezca.

—Bueno, ¡tampoco es que ella lo haga fácil!

—Ray, también me gustaría mucho que fueras mi padrino.

—¿Qué? No... No sé si pueda...

—¡Claro que puedes! Si no fuera por ti, nunca la habría conocido. Tienes que ayudarme, ¡por favor!

Raymundo apretó los puños sobre la mesa y se limitó a observar a Nicolás con una intensidad lacerante.

—¿Qué pasa, Ray? ¿Qué piensas? ¿Por qué no dices nada?

Nicolás sabía que su amigo no aprobaba a Victoria como su pareja. Se lo había repetido hasta el cansancio. De hecho, Raymundo nunca aprobaba a ninguna de las mujeres por las que mostraba interés, pero los últimos meses, Raymundo había expuesto una larga lista de razones por las que la joven no era, ni de cerca, la pareja ideal.

Sin embargo, Nicolás estaba convencido de que cualquier diferencia que hubiera entre ellos, Raymundo sería capaz de hacerla a un lado y alegrarse. Después de todo, estaba enamorado y Victoria era parte de su familia.

—¿Cuánto llevan juntos? —Raymundo desvió la mirada y, con un carraspeo, intentó disimular la decepción en su voz, pero Nicolás adivinó hacia dónde quería llevar la conversación.

—Ocho meses. Sé que es poco tiempo, pero si no hago esto ahora...

—Ella se va a ir de todos modos, Nico. —Raymundo volvió a mirar a Nicolás a los ojos—. Nada, ni nadie, la va a detener y Dios le ayude al que se ponga en su camino, lo sabes, ¿verdad? No importa lo que hagas, ella va a irse, ¡va a dejarte!

—Sí, lo sé. —Nicolás torció los ojos y, molesto, hizo un ademán con la mano—. Pero no seas dramático, por favor. Ella no va a dejarme, sólo va a hacer su residencia. Hace lo que tiene que hacer, sigue sus sueños y yo la apoyo. Además, no quiero pedirle matrimonio para detenerla, Ray. ¿En serio, crees que estoy mal?

—Sí. Eso es lo que creo. —El joven apretó los puños de nuevo, como si hiciera un esfuerzo por no gol-

pear la superficie de la mesa. Sus ojos relampagueaban con intensidad, pero habló en voz baja—. Mira, Nico, honestamente pienso que eres lo mejor que le ha pasado a Victoria, que el cielo me perdone, no sé cómo la aguantas. Desde mi punto de vista, eres el hombre perfecto, podrías hacer feliz a cualquier persona... Aun sin proponértelo. El asunto es... —por un momento, Raymundo perdió las palabras. Cerró los ojos con fuerza y suspiró—, el asunto es que no sé qué te vaya a contestar. Me da miedo que diga que no y que eso sea lo último para que por fin te rindas y te rompa el corazón.

—No me voy a rendir con ella, Ray.

—¿Nunca? ¿Incluso si te dice que no?

—No, nunca. Te lo prometo. Sé que Victoria es difícil, pero de verdad la amo. Jamás haría nada para lastimarla. Te lo prometo.

El rostro de Raymundo cambió, como si, con cada bocanada de aire, su cuerpo también se despojara de la efervescencia que antes lo caracterizaba.

—Bueno, entonces no hay nada más de qué hablar. Tú estás bien seguro de lo que quieres, y es... a ella.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Dentro de Nicolás se expandió una sombra de malestar al contemplar la expresión abatida de su amigo.

—No, claro que no. Victoria es muy inteligente. Sé que va a llegar lejos, más lejos que tú y yo juntos. ¡Estoy seguro! Esa mujer va a ser alguien importante, se nota a kilómetros que es un tiburón blanco, como tu madre. Es sólo que... No creo que le importen las mismas cosas que a la gente como nosotros, eso es todo.

—Raymundo se esforzó por esbozar algo similar a una sonrisa, pero fue evidente que le hacía falta práctica.

A Nicolás lo conmovió el esfuerzo de su amigo, pero la idea de que Victoria se pareciera a su madre, que compartiera un futuro exitoso como ella o, siquiera, que ambas formaran parte de la misma oración, hizo que la lengua se le pegara al paladar.

—¿Vas a ayudarme, entonces? —Nicolás le dio un trago a su cerveza para quitarse el mal sabor que le dejaba la mención de su madre.

—Claro que voy a ayudarte.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—¡Más vale que la cabrona diga que sí! Porque, si dice que no, la mato y te juro que me robo el anillo.

Ambos explotaron en una sonora carcajada, aliviados de que la parte más difícil de la conversación hubiera terminado. Nicolás devolvió la caja de la joya a su bolsillo, aparentando preocupación.

—Así que ¿vas a casarte? —agregó Raymundo con un suspiro y evidente tono de resignación.

—Bueno, a comprometerme, si ella me acepta.

Raymundo sonrió, pero un par de lágrimas asomaron entre la comisura de sus párpados.

—Ray, ¿estás llorando?

—¡Idiota! Obvio estoy emocionado por ti, por ustedes. Imagínate, mi mejor amigo y... mi prima. —Las palabras se perdieron en el sonoro burbujeo de su nariz al soplar y limpiarla con una servilleta.

Nicolás sonrió encantado.

—Eso quiere decir que aceptas ser mi padrino también, ¿no?

—Sí, claro que sí. ¡Eres insoportable!, no puedo decirte que no, a nada. Además, tampoco es como que tengas otro mejor amigo o un hermano con el que vaya a competir por el puesto de padrino, ¿verdad? —soltó Raymundo entre risas.

Nicolás forzó una sonrisa con maestría y evitó mirar a su amigo a los ojos. La respuesta a esa pregunta hacía que sintiera un calambre en el vientre. Aquello era algo de lo que nunca hablaba, ni siquiera con su mejor amigo.

Sí, Nicolás tuvo un hermano y hubiera dado lo que fuera porque en ese momento estuviera vivo y a su lado.



Huasca de Ocampo, 1996

El llanto del niño la arrancó de sus sueños.

Leonor hizo acopio de paciencia y brincó de la cama como impulsada por resortes invisibles.

Por un momento consideró ignorarlo, pero la lástima que le inspiraba el niño la empujó, aunque ya no era suficiente para poner buena cara. Estaba cansada de no dormir bien y fastidiada de la responsabilidad que pagaba como penitencia desde hacía seis largos años.

Fueron muchos los médicos que trataron de explicar la actitud ausente y las crisis del pequeño Azul. Terrores nocturnos, retraso del desarrollo, autismo y esquizofrenia fueron algunos de los muchos diagnósticos que recibió. Pero, al final, resultaron palabras sin ninguna relevancia o sentido, pues no le ofrecieron solución ni compensaban las noches en vela.

Antes de salir de la habitación, Leonor arropó bien a su nieto Nicolás que, acostumbrado al contacto de su abuela, se acurrucó entre las cobijas. Casi resultaba do-

loroso contemplar a su niño adorado y compararlo con Azul, el pequeño hosco y extraño que se negaba a hablar, pero gritaba como loco todas las madrugadas.

Cuando Leonor entró en la habitación de Azul, la sorprendió una ráfaga de aire helado. Sintió calambres en el estómago. *Olvidaste cerrar la bendita ventana*, se reprochó en silencio y de inmediato trató de corregir el error. Pero, al correr las cortinas, comprobó que la ventana se hallaba bien asegurada con un pasador. Palpó el cristal y sus dedos dejaron una huella en la gruesa capa de vapor condensado.

La piel en su cuello se erizó, mientras una nubecilla de vapor blanco se escapaba de entre sus labios, como en las crudas noches de invierno.

El niño se estremecía y jadeaba en la cama a sus espaldas, pegado a la cabecera, cubierto con las cobijas hasta la nariz. Leonor percibió un tufillo similar al de la carne en descomposición y luchó contra el impulso que la apremiaba a salir de inmediato de la habitación. Hizo un esfuerzo por acercarse a la cama y hablarle al niño con voz queda, como si se tratara de un animalito asustado.

Azul la miró con expresión suplicante, pero, al intentar tomarlo en brazos, el pequeño gimió de dolor.

En el interior de la mujer, un primigenio mecanismo de supervivencia se activó; envió un poderoso disparo de adrenalina y despejó cualquier rastro de sueño y apatía. Encendió la luz de la mesita de noche y contempló que Azul tenía el pijama hecho jirones, los brazos cubiertos de rasguños y un hilo de sangre que se mezclaba con sus lágrimas y bajaba por su mentón.

Con el corazón amenazando con salir por su garganta, Leonor hizo que el niño se incorporara para sacarle la camisa y, a la mitad de su espalda, descubrió otra marca. La lesión tenía la forma de dos medias lunas opuestas, cada arcada se formaba por pequeñas muescas que se sucedían hasta formar bordes inflamados y sanguinolentos: como filigranas de sangre molida en la delicada piel del niño. Azul se doblaba de dolor y temblaba de pies a cabeza como un pajarito con las alas rotas.

¿Una mordida? Eso parece una mordida..., pensó la mujer mientras abrazaba con fuerza al niño y sentía la fragilidad de su cuerpo convulso. Trataba de transmitir algo de calma, pero de su garganta escapó un prolongado lamento y la mujer por fin se rindió al llanto.

—¿Cómo te hiciste esto?, ¿cómo pudiste lastimarte así?, ¿por qué?, ¿por qué te haces daño?

No esperaba respuesta, pues Azul no hablaba a pesar de tener seis años, los mismos que el parlanchín de su nieto Nicolás. Las preguntas eran parte de una interminable letanía con la que buscaba vaciar su frustración y miedo.

Azul la miró con sus enormes ojos claros, anegados en lágrimas, y negó con la cabeza. Su labio inferior temblaba a causa del frío y los sollozos, pero había determinación en la mirada del pequeño que, aferrado a su cuerpo y con un murmullo, dijo sus primeras palabras.

—Fue ella. —Y señaló a los pies de la cama.

Leonor escuchó la voz del niño clara y fina, como una campanilla de plata. Lo miró sorprendida y dirigió sus ojos hacia el punto que señalaba con insistencia.

A escasos centímetros del lugar donde ella se hallaba sentada, los resortes rechinaron y la superficie del colchón, ligeramente hundida, recuperó su forma original. Como si una persona se hubiera incorporado a su lado.

Leonor sintió que su corazón perdía el ritmo; como si, por un segundo, hubiera olvidado bombear sangre al resto de su cuerpo. En ese instante, antes de asimilar lo que captaban sus ojos, el niño gimió y se prendió de su cuello. Aquello fue suficiente para poner en marcha el compás de sus latidos y, con el crío en brazos, salió a trote de la habitación.

—¡Virgen santísima de Guadalupe, auxíliame! —El primer grito se convirtió en una ringlera de lamentos—. ¡Guerrera de oración!, ¡guerrera apoyada por la corte de ángeles celestiales!, ¡guerrera sostenida por el espíritu de Dios...!

Sin detener su retahíla, cruzó el pasillo para buscar a Nicolás y llevar a los niños escaleras abajo.

—Espejo de Justicia, Trono de la Sabiduría, Vaso Espiritual, Rosa Mística, Torre de David, Torre de Marfil, Casa de Oro, Arca de la Alianza, Puerta del Cielo...

Encendió cada una de las luces a su paso y, al llegar a la sala, dejó a los niños en un rincón, frente al enorme altar dedicado a la Virgen de Guadalupe que, sin importar la hora o la época del año, estaba siempre iluminado por veladoras.

—Estrella de la Mañana, Reina de los Ángeles, Poderosa Madre del Universo, ven a mí en este momento de angustia... —Hincada frente al altar, con las manos entrelazadas frente a su rostro, las plegarias se hilvana-

ron como un rosario, mientras su cuerpo se mecía hacia atrás y hacia delante.

El sueño venció a los pequeños, que durmieron hechos un ovillo como cachorros sobre la alfombra, arrullados por las oraciones.

Leonor rezó diligente hasta que despuntó el alba.